

Don Antonio se quitó el sombrero, y con el tono *zongo* y arrancherado que le distingue, dijo á la madre que allí llevaba aquello para remediar la necesidad del convento. Si la bendita Sor hubiera visto á Satanás comulgando devotamente, no se habría sentido tan espantada como se sintió; pero su asombro fué más grande cuando el coronel, con el jarano en las manos, y como acertado, añadió:

— Y cuando tengan necesidad no toquen la campanita, porque los mandones se ofenden. Manden llamar á Antonio Rojas, y él les dará cuanto hayan menester.

Desde ese día las mejores mermeladas, el chocolate más exquisito y la cajeta de membrillo mejor y más blanca son para Rojas. Curiosísimo, ¿verdad?

Adiós, Trini; mucho la quiere su

MENCIA.

De don Pedro Gallardo

al Padre don Eulogio Flores.

En el Rancho del Venado, á 27 de Abril de 1859.

Muy querido don Eulogio: Quien le escribe no es un espectro, ni un aparecido, ni un alma del otro mundo; es su amigo, su viejo amigo el mayor Gallardo, milagrosamente salvado de la muerte.

Como sabría usted, caímos en Zacatecas hace cosa de

un año, Manero, que era nuestro jefe, Landa, Aduna, Drechi y yo. Sentenciados á muerte por Zuazua, se dispuso nuestra ejecución; se nos llevó al patíbulo, se formó el cuadro y se disparó sobre nosotros.

Todos mis compañeros quedaron muertos y yo mal herido. Supo el señor cura don Ignacio Castro, por un sepulturero piadoso y discreto, mi salvación milagrosa, y pagando quien me curara y ocultara, protegió mi fuga.

Sé que ahora se sigue proceso á mi bienhechor el señor cura, pues él, obrando como el buen samaritano, aparte de ungir mis heridas con aceite y vino, oculta ahora su hermoso rasgo.

Me había propuesto no revelar nada de lo sucedido, y permanecer dedicado á la oración en estas asperezas todo el tiempo que me reste de vida nueva: cuando el Señor me dejó vivir, debe de ser seguramente para que emplee mi existencia en su santo servicio. Pero ¿debo dejar que se ignore lo sucedido, y quizás que se perjudique al hombre á quien tanto debo?

Contésteme pronto con el nombre de Pedro Aceves, que es el que llevo ahora, pues deseo obrar conforme á conciencia. Suyo

PEDRO GALLARDO.

Del padre don Eulogio Flores
al mayor don Pedro Gallardo

Guadalajara, 22 de Mayo de 1859.

En estos tiempos, en que dan ganas de creer que Dios ha dejado al malo el gobierno de este mundo protervo, sucesos como el que usted me relata, amigo mío, sirven para levantar el ánimo y postrarse ante el Señor. ¡Bendito sea su nombre santísimo y benditas las pruebas que nos manda!

No debe usted revelar nada que su bienhechor no quiera que se sepa; déjele usted la parte más hermosa de su acción, la gloria de mantenerla oculta; y si él sufre, si es perseguido, si se le maltrata, tendrá al cabo una recompensa más delicada que cuantas pudiera ambicionar. ¡Dios habla en vez de los que callan!

Por lo demás, tiene usted razón; Dios por algo le dejó la vida, y salvo opinión menos gruesa y material que la mía, creo que usted debe consagrar su nueva existencia á la tarea más agradable que pueda haber para Él; á ayudar á que acabe esta maldita guerra que destroza y divide á las familias, siendo para ellas manantial de dolores y penas.

Haga usted eso, y su obra será sobre todas acepta á Dios. Su amigo y capellán afectísimo,

EULOGIO FLORES.

De Juan Pérez de la Llana á don Guillermo Prieto

México, 18 de Abril de 1859.

¿Conque insistes, Guillermo querido, en que te refiera lo que presencié en Tacubaya? Allá va, y no te horrorices ni atribuyas á afán de artista mi deseo de contarte las cosas como pasaron; que si pusiera un poco de exageración en mi relato, resultaría una tragedia que te horrorizaría.

Nada te digo de la jornada del dos, porque no tomé parte en ella; desde Calamanda había recibido en un pie una contusión que me hizo guardar cama al llegar aquí, y hasta el diez pasé del cuartel general del señor Degollado á situarme en el Arzobispado de Tacubaya.

Para que tengas mejor idea de los sucesos, te diré que el señor coronel Zaragoza, don Ignacio, tenía á su cargo la defensa del castillo de Chapultepec, Molino del Rey y Casa Mata, y el señor general Alvarez, don José Justo, la de la línea toda de Tacubaya.

No puedes figurarte el estado de destrozo en que se hallan nuestras fuerzas; batallones enteros hay en que no existe un abrigo, no digamos capote militar, pero ni siquiera la más humilde é indecorosa frazada. Los cuerpos están reunidos unos con otros, los artilleros combaten al lado de los infantes, los de caballería con los zapadores, los guerrilleros con el ejército regular; la parte más flo-

rida de nuestras tropas la forman las blusas del norte.
Un poetastro conservador los ha descrito así:

Si usted los ve, queda yerta
Porque son cosa muy rara
Su tranchetazo en la cara
Mirada falsa é incierta.
Todo en ellos es risible
Porque visten zagalejo,
Y por lo demás un dejo...
No reir es imposible.

Un Sebastopol cada uno
Parece de tan armado,
Pistola y daga al costado
Y sable y rifle á la vez.
Un sombrero á la pastora,
Barba que oculta la cara,
En mano chicote ó vara
Y un hermoso *cachenez*.

Su zagalejo encarnado
Desde el cuello á la cintura,
Calzón con botonadura
Y su bota á la *derniere*.
Es decir, su bota fuerte
Como en el siglo pasado,

Y dentro de ella encajado
Un *guangocho* pantalón.

Lo que es del pié la punta,
Cuya planta se halla en ruina,
Voltea primero la esquina
Que su amo, dueño y señor.



En fin, ¿para qué prosigo
Narración que ha de cansarnos?
Dejemos á los tagarnos,
Las heces de Monterrey.

Las armas, Dios las dé; hay de todo, desde carabinas inglesas hasta *bocamartas* del tiempo de la conquista, pasando por las yogas, tercerolas, mosquetes, fusiles de chispa de todas edades, y escopetas de caza.

Nada te digo de la población, porque es para partir el alma. Los pobres habitantes están esquilados, exprimi-

dos y destrozados; en el interior, ya se sabe, las exoliaciones son diarias y los desgraciados han tenido que apechugar con todo, de manera que han cimentado un ordenado desorden. Aquí, donde poco han tenido que sufrir, sus lamentos nos han consternado. Para que se vayan *jaciendo* á estas cosas, mucho ha de pasar.

Vi ayer á pobres familias que conducían al viejo valedinario, cuatro ó cinco niños que lloraban á grito herido, y la vaca, único recurso de la familia, que mugía triste al dejar el pesebre nativo, en que abandonaba también la yerba fresca, el descanso fácil y la ternera amada.

Venían después pobres indios azorados llevando las ollas llenas de tizne, la cama de *tapeotle*, la ponedora cresta-rosa y los trozos de cal para el *nejayote*.

Luego, á lo lejos, huían las carretas que se temía fueran requisadas, las mulas y caballos de los arrieros á quienes había sorprendido el tiempo entre los dos ejércitos y los hombres que temían la leva.

Solo á nuestra derecha, en la Condesa, un pobre viejo guiaba dos bueyes *cuatezones* más derrengados que su dueño, y echaba las primeras semillas en un barbecho que abría trabajosamente la reja del arado; al fin aquello tenía que pasar como pasaron Tolome, el Gallinero, el Molino del Rey y tantas otras, y el sol seguiría alumbrando, germinando las plantas y la tierra dándole sus jugos.

Como á las tres se vió la aproximación de grandes grupos que se movían en dirección de Chapultepec; eran los reaccionarios, que en número de siete mil llegaban por Tacuba y Popotla, la hacienda de los Morales y las lomas del Rey.

No se distinguían ni aun con antejo los cuerpos y sus denominaciones; pero sí se veían brillar las piezas de artillería, que se encontraban muy distantes de nosotros.

El primer anuncio de la presencia de los conservadores fué el disparo de un cañón que casi no oímos, pero del que notamos la espiral de humo blanco que salía de la boca. Más de una hora duró el cañoneo sin resultados, hasta que á las seis cesaron los disparos.

Poco antes me avisaron que alguien me buscaba, y me encontré con mis dos amigos más queridos, Juan Díaz Covarrubias, el poeta, y José María Sánchez, el chico más regocijado de la República.

— Vinimos, me dijo Juan, porque sabíamos que faltaban médicos en el ejército federal, y como esto se espera lucido, es menester no dejar que perezca sin auxilios tanto desgraciado. Ya nos presentamos á Rivero y nos recibió muy bien; hoy charlaremos un rato y nos acostaremos temprano, porque mañana á buena hora hay que cortar mucha carne.

— ¡Cómo te regocijas, traidor!

— ¡Regocijarme, replicó Juan, cuando nada hay que

me duela más que lo que pasa! Créemelo, no me dolería más mi propia carne que la del infeliz soldado á quien destrozo; pero nobleza obliga. Este (por Sánchez) y yo estábamos *macheteándole* á la anatomía, porque debes saber que en Julio, Dios mediante, seremos médicos, y estamos en ciertas cosas tan *botas*, tan *aventados*, que quizá seas más médico tú que nosotros.

— El *bota* es él, dijo Sánchez; yo dejo bizco á don Miguel Jiménez con mi ciencia...

— ¿A que te echo un *toro* y no me respondes?

— ¿A que yo te echo otro?

— A verlo.

— ¿Cómo se dice: periné, peroné ó peritoneo?

Nos reímos Juan y yo, y los tres seguimos de charla hasta la media noche, en que nos fuimos á descansar... El poeta, melancólico de ordinario, ese día estaba alegre y hasta locuaz; nos hizo partícipes de sus esperanzas de triunfo, de sus deseos de nombradía y de fama. Seguiría al ejército liberal, sería médico de hospitales, haría mucho bien curando á heridos de todos los bandos, y cuando esto se hubiera pacificado, cuando liberales y conservadores se dieran el abrazo de hermanos, él vendría á México, establecería un gran consultorio, sería el médico favorito de los ricos, y luego que tuviera mucho dinero reunido iría á Europa, conocería á Lamartine y á Víctor Hugo, y volvería á casarse con una muchacha sencillota y buena, á



... un oficial de Quiroga que estaba á mi lado, escribía...

llenarse de hijos, á que le llamaran señor doctor los banqueros, los comerciantes y los hacendados, y á recibir el pago de sus consultas á razón de una onza cada una, ni un real menos.

Versos, los haría, ¡claro que los haría! pero para él, para publicarlos, ya viejo, en una edición bien impresa en papel rico, de cien ejemplares á lo más, y con unas orlas, unas capitales ornamentadas y una riqueza de detalles, que la hicieran buscar como una joya.

El alegre estaba, por el contrario, lleno de murria. No creía en la medicina; pensaba que los médicos eran unos grandísimos farsantes y estaba seguro de morir de hambre ejerciendo la noble profesión.

No volví á ver á los pobres muchachos, porque á las seis ya estábamos en las alturas aguardando el ataque: el hormiguero se movía, se alborotaba, entraba en actividad. Llovía lentamente, caía ese chipi-chipi propio del tiempo, y parecían más negra la tierra, más triste el ambiente, más escuetos los árboles, que, como enfermos convalecientes, apenas empezaban á recobrar el vigor.

En ese momento que precede á las batallas, en que cada cual recuerda á lo que ama, recapitula su vida pasada, deplora sus errores y se propone recomenzar su existencia para hacerla mejor y más útil, yo sentía en el estómago un gran vacío, una sensación física de náusea, de asco, de disgusto; un oficial de Quiroga, que estaba á

mi lado, escribía sus disposiciones testamentarias; otro cosía á su chaqueta, del lado del corazón, un escapulario bendito, y un soldado remojaba un trozo de *pambazo* en un jarro que contenía café.

Las siete daban en el reloj de la parroquia cuando



oímos el primer disparo; siguióle otro á los tres ó cuatro minutos y luego como diez más; uno de obús cayó á diez metros de distancia y destrozó el techo de un jacal incendiándolo y haciendo añicos, al estallar, dos de las cuatro paredes.

Todos estábamos pálidos; un soldado á quien veía á distancia, repasaba las cuentas de su rosario; otro se limpiaba el sudor, á pesar de que la lluvia nos mojaba hasta tenernos hechos una sopa.

Pero los cañonazos eran sólo batidores y anuncios de la aproximación de las columnas de infantería. Cuatro mandó el enemigo á atacar el Arzobispado, llevando como acompañantes á las terribles piezas que habían tratado de abrir la brecha.

Se oía el tronar de los fusiles como el golpetear del granizo en los cristales, y periódicamente — me figuro que cada cuatro ó cinco minutos, — los cañones mezclaban su voz soberana á aquel concierto espantoso. Al mismo tiempo se estremecía la tierra, se desconchaban las paredes, se hacían trizas los vidrios y se abrían boquetes en puertas y ventanas.

Los nuestros permanecían en silencio; nadie disparaba un tiro, ni hacía un comentario, ni decía una palabra; ya llegaban los contrarios á las tapias de la huerta, cuando la voz ronca y tremenda de no sé quién, gritó:

— ¡Fuego, muchachos, y apunten bien para que no yerren!

El estruendo se redobló entonces; los soldados, que tenían la mano en el llamador del fusil, y que sentían agarrotados los dedos, se pusieron á disparar sin interrupción, como poseídos de un frenesí de oír estallidos.

El fuego siguió como hora y media larga, sin que supiéramos el efecto que hacía; al fin notamos que disminuía el número de los contrarios, luego que disminuía su